

Folleto nº 4

## **Cristianos en la Política**

*Victor M. Arbeloa*

*Hablar en general, otra vez, de los cristianos y la política sería intentar de nuevo el discurso general y vacío que no llega a ninguna parte ni lleva a ningún puerto. Hablaré, pues, mucho menos pretenciosamente y porque me lo piden amigos a quienes no puedo negarme, de algo que he visto y oído, dentro y fuera de mí, en estos años apasionantes que nos ha tocado vivir.*

### **Aquella España católica**

Conocía desde chico la pobreza, pero no la miseria. Mi casa estaba habitada por el recuerdo de mi padre muerto en la guerra, de la que pudo volver -era el mayor de tres hermanos combatientes- y no quiso: le pareció que era demasiado cómodo dejar a los demás en la lucha, por lo menos hasta que la suerte estuviera echada. Yo no lo conocí. A veces creo que lo recuerdo en la pobre cocina de mi casa, cogiéndome en brazos. Pero puede que sólo sea el deseo del recuerdo o una estampa conocida después.

*Cada primavera nos traía un florecer de lágrimas que sólo se apagaban el 28 de abril.*

El 21 de abril lo hirieron y el 27 moría en un hospital improvisado de Vitoria, entre el descuido y la falta de medios. No teníamos más que la pensión mezquina de mi madre y unas pocas tierras que tuvimos que vender cuando yo fui al seminario de Pamplona y unos años más tarde a Comillas.

La pobreza de mi casa era limpia, discreta, incluso alegre. La fe profunda de mi madre y de mi abuelo, muerto cuando yo tenía diez años, superaban eso y mucho más.

Conocí la miseria en mi primera estancia de verano en el Pozo del Tío Raimundo, en mis viajes por el Sur, siempre en auto-stop, y en mis años de capellán de emigrantes en Alemania, Holanda, Inglaterra y Suiza. Conocía también la miseria, más lejana, a través de mis múltiples lecturas sobre el llamado Tercer Mundo y de algunas películas. El estudio de la historia me trajo la lacerante presencia de los horrores de los que Europa acababa de salir y en los que estaba, de uno u otro modo, aún inmersa la mayor parte del mundo.

Entonces entendí que casi todo él estaba montado sobre el enmascaramiento de la injusticia que produce la miseria y que la libertad capitalista era una gran trampa que devoraba a los pobres y a los débiles. Gobernantes corrompidos por el dinero -cómo me sacudían los apostrofes de Neruda en su **Canto General**- y la política como juego de intereses. Un vocabulario envilecido y los valores espirituales, por los cuales nosotros estábamos dispuestos a dar mil veces la vida, sólo como piezas de mala retórica y como murallas verbales contra la realidad.

Mientras tanto, la historia reciente de la Iglesia, que yo estudiaba para ser experto un día, y lo que yo había visto y estaba viendo en textos y en ambientes eclesiales me daban la evidencia de que «lo espiritual» y «lo moral» poco tenían que ver con este mundo, andaban por las alturas o en dimensiones que no tocaban nunca el volumen de la vida real. Con el paso del tiempo uno aprecia cada vez más una cierta ingenuidad y una imprescindible utopía, pero no tanta como para no poder siquiera contagiar el entorno.

*Es una vida alerta, derecha e implacable hacia la hondura.*

*Una fe, con razón y sin razones.*

*Un esperar el sueño desvelado en todas las esquinas.*

*Un abrazo que dura y que madura.*

*Un derramado placer de primavera que arranca y crece en galope frutal hacia el futuro.*

Mis tres años en Comillas, por donde acababa de pasar Cardijn, fundador de la JOC, fueron decisivos. Los equipos de «Jesús Obrero», con toda la ingenuidad que se quiera, vista desde hoy, me metieron para siempre la pasión por la justicia y el entramado entre fe cristiana y lo que entonces llamábamos «compromiso temporal» no iba a desmoronarse nunca. En Comillas descubrí, además, el mar, la España de los otros españoles, y buena parte de lo que es la modernidad. Allí andaban en aquellos años muchos que hoy son obispos, altos cargos políticos, duque de Alba o santos canonizables.

Los años pasados en Roma y en la Europa del estudio, del turismo y de la emigración, y mi densa y entusiasmada experiencia pastoral en Estella durante dos años no iban a hacer más que enriquecer, espesar y solidificar aquellas convicciones. Nunca podré agradecer bastante aquel cursillo con don Tomás Malagón, consiliario, legendario ya entonces, de la HOAC; la lectura de los boletines de las dos ramas, juvenil y adulta, del movimiento apostólico, y toda aquella literatura social del tiempo. Mi asignatura oficial era la historia, pero la literatura era la preferida del corazón; con el tiempo las dos se han hecho muy amigas. Italia, la Italia de aquellos años, había sido amanecer y mediodía y la vuelta

a la España real que yo había encontrado en la emigración, se me presentó como una tarea morrocotuda.

Durante todos estos años, ya con el sentido de haber perdido siglos enteros, impulsados por la pasión de hacer un mundo muy otro, fuimos alegres y felices, siempre dispuestos a dar el máximo, sin miedo a nada, sin complejos de ningún tipo, sin esperar nada, libres de dinero y de cualquier otro interés.

*El solo es el Señor.*

*Ni el dinero, arrastrada prostituta,  
ni el poder, que embrutece a los tontos y a los débiles,  
ni la fuerza, que copia a las fieras salvajes,  
ni el sexo desbordado de los cauces humanos,  
ni el fusil, que nos mira de reojo o de frente en todas partes  
ni el sucio calabozo,  
ni la burla bien puesta, lo mismo que un veneno,  
ni el cansado cansancio de los años,  
ni la muerte, a la que vence la esperanza...  
podrán jamás, por mucho que se empeñen,  
si la fe nos recorre las venas del alma,  
obligarnos a bajarles dócilmente la cabeza,  
a decirles: «Señor, Señor», por vivir unos años más tranquilos,  
más calientes en medio del rebaño,  
con un poco de alpiste en cualquier jaula.*

## Un mundo que rehacer

Vivíamos, y comenzábamos a saberlo, en un pequeño mundo occidental inhumanizado por el dinero, el poder y el bienestar frente a innumerables hombres explotados y dominados. El capitalismo era la causa y el signo largo de esta tiranía.

«El capitalismo -leíamos en el maestro Emmanuel Mounier- ha convertido el derecho a la responsabilidad en un derecho al interés usuario y a la impunidad. Pretende formar a la persona y la aplasta bajo la guerra económica, la explotación social y las oligarquías ocultas; pretende la iniciativa, pero la concede solamente a quienes ya la detentan; presume el riesgo, pero se preserva de él por una solidaridad de gangsters de la que comienzan a beneficiarse los Estados. (...) Las críticas de las que nos hemos hecho eco contra cierto comunismo de la irresponsabilidad alcanzan de pleno al capitalismo actual, que es un comunismo bastardo y enmascarado en provecho de una minoría».

Y en otro lugar de su inmensa obra: «Somos cruzados en pie de guerra contra el mundo del dinero y sus mentiras. Combatiremos hasta el fin de nuestra existencia».

La revista *Esprit*, fundada por Mounier y dirigida entonces por J. M. Domenach, fue durante aquellos años mi alimento preferido, que luego completaron para España *El Ciervo* y *Cuadernos para el diálogo*.

No queríamos ser burgueses. Conociendo por la historia el período audaz y creador de la burguesía rebelde, entendíamos por burgués el individualista a ultranza, el hombre satisfecho y endiosado, el hombre poseído por sus posesiones, sean las que sean, el que sustituye el amor por el orden, el que no vale -en frase de Peguy- ni para el pecado ni para la gracia. ¡Cómo recordábamos entonces el viejo lema «católico» de «orden» en muchos países europeos..., y nuestro pobre buen Dios burgués teniendo que bendecir todo ese cotarro mediocre y muchas veces envilecedor!

Ahora me pregunto si hay alguien entre los antiguos revolucionarios que no aspire a ser burgués bien recibido y aceptado y déjate de historias. Pero no, me digo, aún hay miles y miles de personas que viven, tal vez en clave distinta, lo que nosotros vivíamos cuando éramos jóvenes, pobres y llenos de esperanza.

No nos daba miedo la palabra revolución. Haciéndola acompañar de algún clarificador adjetivo, la utilizábamos con alegría y con fuerza. Citáramos al padre Lombardi, al Concilio, a Martín Lutero King, o a las encíclicas de Juan XXIII y Pablo VI, trabajábamos por una revolución económica y moral, porque nunca dudamos de que la una sin la otra no sería nunca una auténtica revolución. La francesa quedaba lejos y, además, era cruel, y burguesa al fin y al cabo; la rusa, a pesar de su heroísmo y sus indudables avances, nunca nos gustó, ni siquiera en las películas de Eisenstein; la cubana se nos cayó pronto. Quedaba la china, muy lejana también, y que había costado demasiadas vidas, aunque nos fascinaban algunos de sus aspectos más nobles. Quedaba sobre todo la revolución por hacer:

*Levantaos, amigos, repartamos el mundo recién hecho,  
la fábrica, la huerta, la aurora, la luna y los gladiolos.  
(...)  
Que aquí caben los fue buscan la vida y no la encuentran,  
los que creen que el odio tiene el tiempo contado,*

*los que saben que el dinero es de papel  
y todo excelentísimo señor que se lo cree  
es un excelentísimo tonto por principio.*

La lectura de los clásicos socialistas, que leímos en tropel, tarde y sin conocer bien el contexto filosófico y cultural de su tiempo, nos dio un cierto sentido económico de la realidad, que estábamos lejos de tener. Pero nuestro idealismo era mucho más fuerte. De Marx, el Marx joven y utópico era el que más nos gustaba y lo interpretábamos en clave casi cristiana. No nos entusiasmaba ese «sueño de jubilados», ese contenido económico casi permanente de todos los programas, porque íbamos mucho más allá. Ya sé que esto han dicho también casi todos los extremistas antidemocráticos, pero nuestro «ultraísmo» era sencillamente universalismo y una cierta versión cristiana de la exigencia de perfección, siempre peligrosa cuando se apura demasiado o en tiempo inoportuno.

Cuando escribíamos los manifiestos para las concentraciones, para las jornadas de lucha o de fiesta -**Cantos de fiesta y de lucha** se titula uno de mis libros-, hablábamos algo más que de satisfacciones materiales. Ahora, hay que esperar a la última parte de los mítines antes de las elecciones para escuchar algo parecido. Buena y mala señal.

Nunca fuimos reaccionarios, ni precapitalistas, ni miedosos, ni alicortos. Sentíamos sincero amor por nuestro mundo, el que nos ha tocado vivir y el que nos toca con su vida, y disfrutábamos golosamente la ocasión. Con el sentido de la austeridad y hasta del sacrificio, sin el cual nada importante es posible, rechazábamos, con el respeto posible, toda una larga ascética inhumana y, en realidad, anticristiana.

Creíamos a pie juntillas que ahora comprendíamos por fin los secretos del universo, que ahora podíamos desanudar las contradicciones históricas y que por fin se clarificaba aquella inmensa y triste confusión que había hecho durante mucho tiempo de los cristianos unos seres sospechosos, qué digo, enemigos de la civilización y del progreso. El estudio, a fondo, del anticlericalismo español de estos dos últimos siglos me había servido de una buena lección.

*Creo en Jesús de Nazaret,  
el Salvador, Hijo de Dios,  
última, irrepetible,  
vigorosa Palabra del Padre.  
Verdad final, sosegada, que todos perseguimos.  
Vida abundante, que deja atrás la muerte.  
Es la aurora sorprendente de toda libertad,  
el alba presentida del hombre nuevo de la historia.*

Éramos alegremente austeros. La verdad es que era una necesidad, pero no sólo eso, era también un estilo y hasta una garantía de vida decente. ¿Quién pensaba entonces en trajes, hoteles con estrellas, cargos, honores y otras bellaquerías? Trabajábamos horas, días y semanas sin pensar nunca en cobrar, nos reíamos de los títulos de todo género; en la universidad no fueron uno ni dos los que se quedaron sin ellos con tal de hacer algo más «positivo» en barrios, en partidos o sindicatos clandestinos o en países del Tercer Mundo. Nos sentíamos fuertes en nuestra debilidad y los fuertes y seguros nos parecían los pies de barro de Nabucodonosor.

*Despliega su brazo como un ala de ejército,  
dispersa a los soberbios,  
echa a los poderosos de los recios sillones  
del consejo de administración,  
de los altos ministerios,  
de los bancos de pingües dividendos,  
del salón alfombrado del palacio episcopal,  
de la presidencia gris de la república,  
del trono imperial  
o del hondo sofá con güisqui y con ginebra.*

No teníamos dificultad alguna en creer que la realidad viva del Espíritu, su Absoluto, se revela de manera diversa a cada hombre abierto a su acción. Éramos **naturalmente** ecuménicos. El «cristianismo anónimo» de Rahner nos venía como anillo al dedo, sin que por eso renunciáramos a la confesión de nuestra fe y a la misión cristiana.

Esta convicción arraigada, cultivada en la amistad con otros cristianos, con otros creyentes, y con agnósticos y ateos incluso, me ha sido de gran utilidad en mi vida posterior, me ha liberado de la nefasta tentación del juicio –“no juzguéis y no seréis juzgados”- y me ha dado un sentido de fácil convivencia, difícil de vivir en otros supuestos.

Por otra parte, hoy sigo más convencido que nunca de que sin una dimensión interior inalterable, sin dar la primacía al espíritu de la vida, es imposible a la corta o a la larga toda verdadera transformación, por no decir revolución, palabra ya insoportable en nuestros días. Pero la primacía de lo espiritual, ampliamente entendido, exige más y más la fidelidad a nuestro espacio y a nuestro tiempo en la totalidad del pensamiento y de la acción, uniendo pasado y futuro, en una aventura que se renueva cada día que no termina jamás.

La impureza de los medios

No es difícil adivinar, después de todo esto, que soñáramos y trabajáramos denodadamente cada día en la preparación de un nuevo socialismo. Cuando en la comisaría de Pamplona –tercer día, ocho de la mañana del 2 de febrero de 1975- me preguntaron por mis convicciones políticas, se lo dije por escrito, sin pensarlo mucho:

-Soy partidario de un socialismo democrático, todavía no estrenado.

El inspector que leyó el escrito no salía de su perplejidad:

- No lo entiendo, créame.

El socialismo marxista no era lo nuestros. Ahora es fácil decirlo, casi un mérito. Entonces era casi una provocación. Entendíamos el marxismo como una vigorosa crítica del capitalismo, pero incompleta, como un notable método de análisis y acción, pero mal orientado. La dictadura soviética, los recientes golpes militares de Budapest, Berlín y Praga, la visita a los países satélites del Este, el horror del muro inter-alemán..., no me dejaban lugar a dudas. Hasta el partido Comunista de España, el único vivo e inteligente entonces, daba por hecho que esa dirección era equivocada y por eso recibía tantas simpatías y adhesiones incluso de gente no marxista.

Largas horas pasadas en torno a la cuestión marxismo-cristianismo. No había charla, conferencia, mesa redonda en iglesias, colegios universitarios, barrios..., en que no fuera el tema estrella. Encuentros, conversaciones, libros. El error capital de muchos fue pensar que el marxismo era el futuro y el cristianismo **todavía** era el presente de algunos. Leo hoy que hasta el Vaticano y el Estado húngaro, quién nos los iba a decir, organizan unas conversaciones oficiales sobre la acción común de marxistas y cristianos. Cuántos cristianos, limpios y audaces de corazón, tildados en aquellos días de aventureros, heterodoxos o de filo marxistas, habrán contribuido al éxito, del que mucho me alegro, de estos encuentros oficiales.

Lo cierto es que, por muy sorprendidos que estuviéramos ante el hallazgo, no podíamos darle carta blanca de cosmovisión, de metafísica, y menos de sustitución de nuestra fe. Este fue el desgraciado caso de algunos. Por aquellas fechas costaba un tanto ver lo que ahora todos dicen ver con evidencia y desde siempre: que el marxismo, hijo rebelde del capitalismo, termina de por sí en otra alienación (materialista), en otro materialismo (alienador), en otra involución (antihumana). Pero todo esto no se supera con un antimarxismo vulgar, sino con un pensamiento y una vida inteligentes y generosos.

***Dios quiso reposar en El su plenitud***

(...)

***para hacernos a todos más claros, transparentes,  
señores de la vida y de todo nuestro mundo,  
y libres del poder de los tiranos,  
de la triste miseria,  
del miedo de otros hombres,  
del dolor enemigo,  
de la muerte abortadora;  
libres de la falta de sentido, que convierte la existencia  
en una inútil y corta sucesión de días y de noches.***

Estaba el problema de los medios. Los medios sucios, impuros, como solía decirse. He sido siempre un no violento, aunque algo he hecho para no confundir la no violencia con el miedo, la cobardía o la resignación. No, no es eso.

Por ejemplo, muchas comisiones de derechos humanos fracasan por falta de imaginación y de audacia, incapaces de superar el estrecho marco político que se les asigna. No es ése el caso de Amnistía Internacional, organización que es una gloria de la humanidad humanitaria.

La no violencia activa es una acción continua ante los estados de violencia que está llamada a ser mucho más constantemente activa que los actos violentos, que no suelen pasar de momentáneos y cerrados en sí mismos.

No seré yo quien se escandalice del empleo de la fuerza, que no tiene por qué ser brutal, frente a la injusticia intolerable, pero haré lo posible porque eso no llegue o porque eso pase pronto, si no hay otro remedio. Y me negaré, mientras pueda, a ejercer, personalmente, cualquier género de violencia.

Teniendo tan cerca la muerte desde pequeño, he luchado siempre contra cualquier pena de muerte. Estuve a punto de hacer el ridículo, si es que no lo hice, cuando pedí en el Senado la intercesión del gobierno español para evitar la ejecución del dictador Macías. Hoy sigo pidiendo en el Parlamento Europeo la abolición de toda pena de muerte en el mundo sin excluir a los mismos criminales de guerra nazis.

Una de las cosas que más me ha hecho sufrir y me ha escandalizado fuertemente ha sido el silencio, la cobardía, la inhumanidad de cierta parte de la Iglesia en Euskadi y Navarra ante las matanzas de ETA. Pronto dejé de creer que esa parte de la Iglesia obrara con verdad en tiempos de Franco; dejé de creer en el «progresismo» y en el «izquierdismo» de

tales sectores y no tuve empacho en denunciar la impostura. No me lo han perdonado nunca. Allá ellos.

Concededores de la permanente necesidad de pasar del individuo a la persona -presencia activa-, de la sociedad a la comunidad -persona de personas-, estábamos convencidos de que el compromiso con nuestro mundo era la verdadera prueba de nuestro antiindividualismo egoísta. Y de que no hay compromiso sin defensa del sentido de la vida y de la acción, sin cultivo de los valores; lo que impide al mismo tiempo la pereza y el delirio. ¿Cómo va a ser posible la convivencia, no digamos una ética de la convivencia, si no se defienden principios de algún tipo, si los que debieran animar la acción de la vida de las personas hacen gala de no creer en nada ni en nadie?

Pero el compromiso no es un **alistamiento**. En aquellos días era fácil caer en él. La necesidad del secreto, tan natural en tiempos de clandestinidad, se convertía fácilmente en una trampa. Hoy las trampas son otras, pero no menos numerosas. Una persona madura, y menos un intelectual -digámoslo así, para entendernos-, no puede comprometerse a la causa más noble firmando cheques en blanco, entregándose sin condiciones, dispuesto **a lo que le diga el partido**, y cosas del género. Papanatismos de senilidad pueril o de puerilidad senil, ventas de almas a cualquier precio.

Qué clase de partidos tendríamos con gente que abdicara tan vergonzosamente de su libertad, de su capacidad dialéctica, de su constante poder de revisión. Bueno es que haya personas independientes de los partidos políticos, bueno y hasta imprescindible, pero éstos deben también educar a sus miembros en los valores que nutren la libertad comprometida, y no premiar la pasividad, la mezquindad, la despersonalización, la cobardía, la carencia de opinión, el quememim-portismo, y mucho menos la villanía por algún precio.

El compromiso no es tampoco un loco activismo. Lejos del optimismo ingenuo como del pesimismo trágico, el hombre comprometido elige la vía del humorismo, la vía de la esperanza. «Un hombre activo y pesimista a la vez -escribió Malraux- es o será un fascista». Un hombre activo e ingenuamente optimista a la vez, podemos añadir nosotros, es o será un cantamañanas, un endiosado, un locuelo, o, por reacción y desencanto, otro fascista.

Si el optimismo angelical o simplemente interesado ha sido un achaque histórico de los cristianos, el pesimismo, tan de moda hoy día, tiene poco que ver con el cristianismo, para quien ni la condición humana es absurda (Sartre), ni la soledad de lo existente es absoluta (Heidegger), ni el fracaso es el término necesario de todo proyecto humano (Jaspers), etcétera.

Vivimos -discípulos de Cristo crucificado y resucitado- en una tensión no cómoda ni fácilmente comprensible, ni definitivamente resoluble en una experiencia humana; en paradoja alegre y sufriente, ciudadanos de dos ciudades, entre lo temporal y eterno, seguros y dudosos, encarnados y trascendentes. No mitad cristianos y mitad hombres, sino hombres bien humanos, con un buen bagaje humanizador -persona, comunidad, amor, justicia, universalidad, negación de cualquier idolatría, etc-, pero expuestos a las mayores infidelidades y debilidades. Quienes se hayan dejado impresionar por los ataques generalizadores de Nietzsche contra el cristianismo y por sus pintorescos cantos al superhombre, harían bien en leer, vg., **El afrontamiento cristiano**, de Mounier, para tener las cosas mucho más claras.

*Jesús de Nazaret, hombre inolvidable.*

*Su nombre,*

*el destino de su vida*

*debemos seguir.*

*Su fe, su fuerza espiritual y su coraje*

*debemos heredar.*

*Esta es la tradición*

*que debemos recorrer,*

*tropezando,*

*buscando a tientas,*

*sintiéndonos tantas veces incapaces,*

*con temor y esperanza,*

*y, aún a veces,*

*reconociéndonos en Él.*

La política tiene sus reglas y sus límites, sus duras concreciones con las que hay que enfrentarse para tomar una u otra decisión. Sólo desde ahí puede vivirse la moral y cultivar la ética. Y ahí es donde debe darse la subordinación de lo político a lo moral y de lo moral a lo sobrenatural. O, dicho mejor, donde lo sobrenatural debe inspirar lo moral y lo moral lo político.

## ¿Una política cristiana?

No existe una política cristiana. El cristianismo le da al cristiano un espíritu, una dirección, no unas indicaciones concretas y menos una seguridad.

Nadie puede negar los frutos históricos positivos de las democracias cristianas como de los movimientos sociales cristianos en Europa y América, pero cada día crece más la opinión de que el apelativo **cristiano** no es una cosa buena.

El partido Demócrata-cristiano europeo se llama ahora Popular.

Si el cristianismo no puede confundirse con la izquierda, como algunos han querido y siguen queriéndolo, tampoco puede confundirse con el centro o con la derecha, como ha sido habitual hasta ahora. Ningún cristiano tiene el derecho a implicar a toda la Iglesia, a todos los cristianos, ni a confundir la fe con su interpretación o traducción de la misma. Hay muchas formas de inspiración cristiana.

Aquí, en el Parlamento Europeo hay cristianos en todos los grupos, acaso en todas las filas. Comenzando por el presidente, un demócrata-cristiano francés muy conocido en la política europea. Son las vidas tan diversas, tantas las maneras de acercarse al Evangelio, tantas y tan diferentes las lecciones que nos da la historia, que no es difícil comprender las diferentes opciones. Cada uno de nosotros tiene que encararse con Jesús de Nazaret y con el Dios que Él predicó.

Se acabó para siempre la cristiandad -intento de organizar política y culturalmente el cristianismo- y ese acabamiento nos parece hoy condición indispensable para la extensión del Evangelio por el mundo. Nos basta con el cristianismo. Algunos, como Raimundo Pániker, hablan ya de **cristianía**, núcleo fundamental cristiano.

El integrismo -fariseísmo cristiano- ha perdido su larga batalla. Hemos sufrido demasiado sus crueldades, su continua blasfemia de suplantar a Jesús de Nazaret, que por algo fue tan duro con él.

Gracias a Dios, los católicos hoy estamos políticamente divididos. Es una de las mejores cosas que hemos logrado entre todos. Ni siquiera en los puntos más delicados y que pudieran parecer comunes estamos de acuerdo.

La Iglesia no organiza el mundo. Si alguna vez lo hizo, la historia nos dice por qué. Porque sus hombres eran los mejor, a veces los únicos, preparados. O porque confundió medios y fines. Nunca creyó en su totalidad que fuera esa su tarea. Pero tampoco tiene por qué retirarse «a la sacristía», en frase frívola del más frívolo liberalismo, a menos que se entienda la expresión, siempre desafortunada, como reacción saludable frente a un dirigismo insoportable y evangélicamente rechazable.

Por otra parte, una Iglesia que intentara dirigir el mundo -como lo hizo un día a través de imperios, reinos o dictaduras- por medio de partidos, sindicatos u otras asociaciones, haría un grave daño a su misión, abierta a todos los cristianos sinceramente comprometidos; y de levadura en la masa se convertiría, lisa y llanamente, en panadera.

Encerrar las Bienaventuranzas en el Código de Derecho Canónico sería como encerrar el movimiento del hombre en el Código de la Circulación. Empequeñecer los consejos evangélicos en términos de delitos, penas y premios sería reducir la religión a moral y, lo que es peor, a derecho penal.

Cuánto daño ha hecho al cristianismo la traducción del Reino de Dios en Estado temporal y a la manera de los Estados temporales. Con todo, siempre ha habido cristianos que se han negado a esa traducción; y hasta creo que, antes como ahora, la inmensa mayoría de los cristianos han creído de verdad en el Reino y han tolerado, en todo caso, todo lo demás.

*Creemos en Jesús, hombre del pueblo,  
que nunca se hizo el grande,  
ni fue sabio,  
ni rico,  
ni intrigante,  
ni aspiró a puesto alguno,  
ni tuvo pretensiones de político  
ni nunca se jactó de ser igual a Dios.*

(...)

*Llegó a escandalizar a quienes,  
amarrados a la ley,  
se olvidaban de los hombres:  
fue odiado por los píos fariseos fanáticos,  
por los fríos y seguros sacerdotes,  
por los ricos saduceos incrédulos.  
Asustó a los romanos ocupantes de su pueblo,  
decepcionó al final  
a los violentos extremistas,  
que querían hacerle  
líder del reino religioso-político  
de Israel.*

## La difícil decisión

Llegó el momento de la decisión, que había ido preparándose durante años, con muchos tanteos, dudas, reflexiones. Tal vez por eso mi militancia -horrorosa palabra- es tan condicionada y relativa, además de fiel. No era fácil «dejar» años de

trabajo feliz, a pesar de todo, compañeros, estilo de vida, prioridades entrañables, querencias familiares... Además, al principio todo parecía compatible, pero pronto las diferentes realidades -y voy a ser discreto- me convencieron de que no, no era tan simple la cosa. Y hube de decidirme, oyendo a Dios en mi conciencia, después de haber oído dispares pareceres de personas que me conocían y me querían.

Lo digo así, porque no ha sido sólo mi caso sino el de otros muchos, puestos en la necesaria peripecia de elegir. Y no hay ya por qué avergonzarse de la «vocación» política.

## **Un balance provisional**

Después de estos años de intensa actividad -primer presidente del Parlamento de Navarra, senador, parlamentario del Consejo de Europa, diputado al Parlamento Europeo-, ¿qué balance podría hacer yo dentro de las coordenadas de lo que he ido diciendo hasta ahora?

No he renunciado a nada esencial, ni me he avergonzado de ello. Siento ahora más alegría, si cabe, de ser «cristiano por la gracia de Dios», deliciosa expresión que aprendimos en el catecismo del padre Astete.

Claro que las circunstancias han cambiado. Vivo en un mundo de actividad plútime, donde el silencio, la contemplación y la oración no son fáciles y donde hay que buscarse tiempos, espacios y maneras, lo que no es cómodo pero es imprescindible. Vivo en un mundo donde se cobra dinero y hay que saber darle un curso justo; donde el nombre, la fama, los honores, los títulos y cosas de esas cuentan tanto, que pueden embrutecer al más pintao.

Poder, lo que se dice poder, no he tenido nunca, ni tengo ahora tampoco. Los parlamentarios tenemos esa suerte. Convencido de que la democracia consiste también en repartir de tal modo el poder, que nadie tenga mucho, no sé qué haría si lo tuviera; seguramente que otros me ayudarían a no corromperme y ni siquiera atontarme. La fe en el Dios único es una buena ayuda para no adorar a ningún otro dios, ni siquiera al dioscello del «yo», pero esa fe tiene que ser muy viva.

Creo que entre muchos hemos logrado que los cristianos estén en todas partes, terminando con un aislamiento y con un complejo de inferioridad y de superioridad que no tenía ya sentido.

Puedo decir que, con las excepciones inevitables, no he tenido nunca eso que se llama «problemas» a causa de mi fe.

Nunca he votado cosas que repugnaban a mi conciencia. Nunca las he defendido. Nunca he consentido nada que se opusiera a mis más profundas convicciones. La prudencia y a la vez la fraternidad me han aconsejado lo mejor que han podido. No siempre, como se sabe, los gestos fuertes son la mejor forma de testimonio; a veces sí y hay que estar dispuestos a ello.

Para nadie la vida es un camino de rosas, tampoco para los cristianos metidos en la harina política:

*Nada te turbe, nada te espante.  
Todo se pasa. Dios no se muda...*

Cuántas veces la santa mística y andariega me llevó derecho al Evangelio y me dio empuje y lucidez, no resignación ni sólo consuelo.

Soy menos crítico con la Iglesia que antes: suelen decírmelo algunos compañeros con frecuencia. ¿Tal vez porque soy ahora menos crítico conmigo mismo? ¿O tal vez porque vivo menos de cerca los acontecimientos eclesiales? ¿O porque nadie peor que los políticos pueden criticar a la Iglesia o a cualquier otra institución del género, sin que tengan que criticarse reciamente ellos mismos? Todo puede ser. Pero hoy mi campo no es ése.

## **La fe que mueve montañas**

Hans Küng, uno de los cristianos que más ha hecho en nuestros días por confirmarnos en la fe, nos la resumió bien en uno de sus excelentes libros. Yo lo puse en verso en uno de mis poemas.

*Creemos en Jesús.  
A su luz y con su fuerza  
podemos vivir, obrar, sufrir y morir en este mundo  
de forma verdaderamente humana  
sostenidos por Dios  
empeñados hasta el fin en la lucha por el hombre.*

En mi casa de Pamplona, en las iglesias de Navarra, en sus montes y bosques que recorro cada domingo, en las cabañas-iglesias de los países de misión, en las catedrales de Europa y América, en la capilla luterana de Narvick o en los templos

ortodoxos de Grecia, Rusia o Yugoslavia, en todos los ratos de silencio, o de ternura, o de contemplación artística, o de convivencia feliz y dolorosa entre la gente, me pregunto, con más libertad que hace años, con menos angustia, pero siempre con cierta preocupación también, qué he hecho de ese don, inigualable, de mi fe, qué he hecho de la luz que he tenido la dicha de recibir, por otros y junto a otros, para iluminar un poco este mundo antes de dejarla en manos de los que me seguirán en esta inenarrable aventura.

Escribo hoy, día 27 de octubre, fiesta de la paz en Asís, donde, en torno a Juan Pablo II, pero sobre todo en torno al Dios que adora cada uno en su corazón y en su vida, se han reunido representantes de todas las religiones de la tierra. Tan bello gesto nos anticipa el posible II Concilio de Jerusalén.

Los problemas verdaderos son los grandes problemas que afectan a todo nuestro mundo: la existencia del llamado Tercer Mundo, el hambre, las guerras... Todos ellos, problemas radicales y tan unidos entre sí.

Todas las religiones están llamadas a enfrentarse a estos grandes retos. También la nuestra, religión universal pero demasiado entretenida aún en sí misma, demasiado tradicional, demasiado occidentalizada.

Nuestra política, toda la política de Occidente, sufre, todavía más, los mismos achaques. Aún es tiempo para todos.

*Aún es tiempo de volver los ojos a la luz.*

*Aún es tiempo de olvidar tantas noches iguales.*

*La fe mueve montañas y mueve continentes*

*y el futuro está ya delante de nuestros ojos.*